

yo en Inglaterra. Bruscamente la libra había bajado de 125 a 75 francos. Uno de mis amigos ingleses me preguntó:

—¿Qué ocurre en el Continente? Por todas partes las monedas continentales suben en este momento de una manera absurda.

—¡Cómo!—le contesté—no es que suban las monedas continentales, es que ha bajado la libra.

—¡Ah, nó!—repuso mi amigo, un tanto sorprendido—No. Eso es imposible; la libra *no puede* bajar. La libra es la libra.

Y de la misma manera, durante la Guerra, los oficiales y soldados ingleses, en los peores momentos—y aun en el horrible mes de marzo de 1918—cuando el frente acababa de ser roto, me decían insistentemente.

—Sin duda, venceremos. . .

Y yo contestaba:

—Así lo espero, así quiero creerlo... Pero... la situación es terrible.

—Sin duda—decíanme ellos—la situación es terrible; pero necesariamente venceremos: porque hemos vencido siempre y porque no hay razón para que hoy ya no sea así.

Esta certidumbre, esta confianza, son realmente fuerzas preciosas.

*
* *

b) Segundo rasgo: este orgullo colectivo engendra una gran modestia personal. Cuando un